

## MICRO VERSUS MACRO: ESCALAS DE OBSERVACIÓN Y DISCONTINUIDAD EN LA HISTORIA\*.

Jacques Revel\*\*

Muchas gracias por sus palabras de bienvenida, gracias por acogerme. Lo siento mucho, hablo francés, mi castellano no es suficientemente bueno para hacerlo de otro modo. Les voy a hablar, hoy día, sobre las escalas de observación y de análisis del mundo social y en el caso que me interesa más específicamente del mundo histórico.

Bueno, no se trata de un debate nuevo, aunque desde hace más de una generación conoció un intensidad nueva y si fue también el objeto de reformulación por lo menos parcialmente fue reformulado varias veces. Desde los años ochenta el programa de una Microhistoria fue recibido como una propuesta nueva, pero también como una propuesta que molestaba. Primero porque

este programa rompía, de una manera bastante explícita, con las convenciones sobre lo tácito de la historia social que era la que dominaba. Como diez años después –en los años noventa– como en un juego de equilibrio, es la perspectiva de una historia global la que parece retornar al primer plano con una serie de propuestas cuyos intitulados pueden ser diferentes “Global History”, “Conective History”, “Historia cruzada”, etc. Las metodologías y los programas cubren todo el campo histórico por cierto, pero tienen en común por lo menos estos campos de poder reivindicar la toma en cuenta de fenómenos masivos, espacios bastante amplios, cambios de duración bastante largos. Pero, no necesito recordarles a ustedes que el segundo Congreso de Ciencias Históricas de hace diez años había escogido justamente como

\* Conferencia Magistral dictada el 4 de noviembre de 2010 en el *Salón de Honor Presidente Salvador Allende* de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Agradecemos la traducción de la Embajada de Francia en Chile. La edición, corrección del texto y anotaciones a pie de página es responsabilidad del Profesor Milton Godoy Orellana con el aporte del profesor Manuel Fernández.

\*\* Historiador, especialista en historia social y cultural de la Europa moderna. Directeur D'études Émérite et Ancien Président de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS).

primer tema de reflexión “Perspective in Global history, perception and methodologies”. Bueno, sería bastante simplista y demasiado simplificador, diría yo, tener ahí solamente efectos de una cierta moda historiográfica o una serie de oscilaciones en torno a lo que podría ser un punto de equilibrio, bueno yo creo que sí ilusoria.

La tesis que yo quisiera defender ahora con ustedes es que aquella propuesta de microhistoria y macrohistoria son a menudo percibidas como propuestas alternativas, incluso antagonistas que impide reunir a todas en una cierta cantidad de interrogaciones sobre la naturaleza y sobre el funcionamiento de los objetos sociales que escogemos estudiar. Incluso los procedimientos que tratan de entregar respuestas a estas interrogaciones son también tema. Bueno, comencé diciendo que este debate no era nada nuevo, si volvemos al pasado no muy lejano, les recuerdo que hace como sesenta años se publicó un libro muy famoso, la tesis de Fernand Braudel, *Mediterráneo*<sup>1</sup> y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II, en su primera versión. En ese libro fue recibido y es percibido ampliamente hoy en día como un manifiesto para una historia, a favor de una historia, que cual sea el marco geográfico y cronológico que se anuncia en el título, entendía en el fondo no fijarse otro límite que el de la inteligencia de su tema. El *Mediterráneo*, de Braudel, puede ser en función del analista de las preguntas que planteaba, puede dilatarse como otro

tema de África hasta Asia central y hasta la América en los primeros tiempos de la colonización. Pero también algunos datos que estaban en cuanto a la segunda mitad del siglo XVI también se reubicaban en una duración un poco más larga. Y la obra de Braudel seguramente es una de esas obras que quizás más exquisitamente ubicó en el centro de la reflexión de los historiadores la preocupación de emprender el estudio de las realidades históricas a través de los marcos históricos que van mucho más allá de la larga duración o la economía mundo de la cual uno espera a veces que haga posible restituir una perspectiva más justa.

EL historiador mexicano Luis González y González, seguramente es mucho menos famoso que Braudel, fue autor de uno de los primeros libros que se reivindicó de la microhistoria. Su obra *Pueblo en vilo microhistoria de San José de Gracia*, fue publicada en 1968<sup>2</sup>. Se trataba de un estudio monográfico de una comunidad de Michoacán, un pueblo de México central, una duración bastante larga –cuatro siglos– y con la idea de que una observación cercana puede ser susceptible de restituir una parte ignorada o, en todo caso, escondida de la existencia social, una parte que González caracterizaba como “Matria”: femenina, cercana, familiar, afectiva. Bueno, González ciertamente no era el inventor de la monografía de pueblo, sabemos que esta monografía está instalada en las costumbres historiográficas hace tiempo. Lo que me parece interesante en

1 La primera edición se publicó como *Le Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*. Trans. S. Reynolds. I, II, III vols. (Paris: Armand Colin, 1949).

2 Luis González y González, *Pueblo en vilo microhistoria de San José de Gracia* (México: Ed. Colegio de México, 1968).

su estudio es su convicción de que otra historia es posible a partir de un punto de vista particular. Obviamente nada nos obliga a seguirlo en ese proyecto de reencontrar en el marco de la comunidad de residencia el elemento femenino, conservador, terráqueo, suave, oscuro y doloroso de la vida social que grafica. Lo que sí nos puede llamar la atención es el lazo que plantea entre el marco de raíces y las realidades que él quería describir. Estos recuerdos de Braudel y González, hay muchos otros que podrían ser citados también, no nos dicen que se ha planteado que en el fondo de la reflexión historiográfica es solamente una vuelta periódica a estos objetivos y que hemos olvidado estos objetivos. Estos recuerdos tampoco tratan de legitimar una suerte de decisión metodológica, soberana, tal como finalmente escoger un punto de vista que podría descalificar estos otros puntos de vista, para nada. Braudel no tenía una muy buena opinión de la microhistoria, la identificaba con la pequeña historia, o historia tradicional, historia de eventos de los historiadores tradicionales. Obviamente González quería procurar los medios y escribir otra historia, la que según su punto de vista se encontraría en contrapunto de las grandes historias nacionales, las luchas políticas y que todavía son las que finalmente hacen la construcción del pasado mexicano. Ambos tenían conciencia de este hecho esencial y que fue recordado por el historiador Arnaldo Momigliano, que escoger una historia particular es de hecho eliminar, por lo menos hipotéticamente, una pluralidad de otras historias que podrían haber sido posibles. Resulta que más vale que esta decisión sea ex-

plicada, explicitada y que sea argumentada y Braudel no cesó de argumentar las razones de sus opciones y de explicar también los beneficios heurísticos de este conocimiento y que él esperaba de este acercamiento con vastos espacios y vastas duraciones para justificar también los sacrificios que él tenía que hacer para hacer esta historia. Se puede decir lo mismo de González y quizás más de los microhistoriadores italianos a partir de mediados de los años '70. Menos en los textos programáticos que finalmente son poco numerosos, que en los argumentales que realmente acompañaban sus opciones y también sus procedimientos como historiadores.

Desde el siglo XIX los historiadores tienen diferentes instrumentos analíticos. Esos instrumentos están destinados a darle de algún modo, algún conocimiento de las realidades que estudiaban y esa tendencia se acentuó, se aceleró incluso en el siglo XX en un enfrentamiento con las Ciencias Sociales. Estos instrumentos analíticos fueron, y los son todavía, de naturaleza diversa. Pueden ser herramientas técnicas, de tratamiento de datos, pero también pueden ser categorías descriptivas o analíticas o también, —y cada vez más incluso— modelos, un conjunto de hipótesis que están ligadas entre sí. El rol de aquellos instrumentos no es reproducir la realidad del pasado, es más bien de entregar una versión inteligible o para retomar la expresión de Bernard Lepetit de producir una copia teórica susceptible de ser sometida a una validación empírica por la investigación. Por ejemplo la historia cuantitativa, que ya no conoce hoy en día los favores que conocía hace una ge-

neración, es un ejemplo bastante interesante porque es importante reconocer que independientemente de los resultados factuales que produjo, o más bien pre-resultados, transformó profundamente la relación que los historiadores mantienen con sus objetos de estudio –los objetos que los construyen– y las fuentes.

Se puede decir lo mismo de las conceptualizaciones que tienen que ver con la economía o la sociología o la antropología, también se puede decir lo mismo de los intentos experimentales para descomponer el tiempo histórico, a partir –finalmente– de diferentes tipos de ciclos de actividad económica que inducen duraciones sociales diferenciales, lo que dice Braudel o Labrousse. Se puede decir lo mismo, también, de la misma construcción temporal de tres pisos que que proponía Fernand Braudel. Pero de estos ejemplos, que ya son antiguos, –con más de medio siglo– los instrumentos son mucho más sofisticados y las herramientas también se afinaron. Ya sea en cuanto al análisis de series, en los intentos de modernización econométrica o, también a los modelos de parentesco elaborados por los antropólogos para rendir cuenta de los mecanismos de alianza o de la transmisión de los bienes en las sociedades complejas. Estos procedimientos, podríamos dar múltiples ejemplos, tienen en común finalmente poseer una base que podemos llamar constructivista. Qué significa esto?, que es el historiador, el antropólogo o el sociólogo quien selecciona los datos que son necesarios para su hipótesis inicial de investigación. Sobre ese punto creo que podemos estar de acuerdo aquí sin

gran dificultad aunque, obviamente, una historia cuantitativa puede parecer también un olvido en este camino pero, estos procedimientos también tienen en común el poder introducir en la comprensión del mundo social histórico una perspectiva discontinuista, que creo que es fundamental. Reconstruir la historia del Mediterráneo como lo hizo Braudel, según tres regímenes diferentes: de “larga duración”, a la altura de milenios; “duración mediana” a la altura de siglos; y la “duración de eventos”. Son tres tipos de duración que se distinguen por la necesidad del análisis, para rendir cuenta de las temporalidades múltiples de la experiencia social. Es exactamente introducir discontinuidades y usarlas como instrumentos analíticos definiendo por hipótesis tres planos operacionales en los cuales se puede apreciar y comparar los beneficios heurísticos que producen.

A mí me parece algo obvio esta dimensión discontinuista, quizá un poco más difícilmente aceptada por los historiadores, que la dimensión constructivista de la cual pienso que es inseparable. Un conjunto de razones de esta irrupción, de una resurrección integral del pasado es que ya no tomamos en cuenta esta fórmula de Michelet, guardando la idea de que el rol del historiador es competir con el estado, pero también la convicción, que tiene que ver con la seducción que ejercían los modelos funcionalistas, que era posible, incluso deseable, rendir cuentas de una sociedad o de momento histórico, una situación o una biografía, como una totalidad en el fondo, contra la que existen relaciones casi orgánicas de homología y diría que están presentes en muchos ejemplos y en

la generalización también, que a veces nosotros usamos sin siquiera estar conscientes de ello, pero permanentemente. Bueno, la tesis —que es bastante modesta en el fondo— que quiero defender aquí, es que el principio de la variación de las escalas, el juego razonado sobre diferentes escalas de observación y de análisis social produce discontinuidad y ella tiene su eficiencia.

En uno de los libros que dominó la producción de la historia social en la segunda mitad del siglo XX, Eduard Palmer Thompson escribió *La formación de la clase obrera inglesa en el siglo XVIII*, título de ese famoso libro —aparecido en inglés *The Making of the English Working Class*<sup>3</sup>— estos análisis fueron al origen de un análisis en profundidad, que van más allá del ámbito de estudio que tenía que era el de Thompson. Su originalidad, es no partir de una definición de la clase obrera y seguir simplemente las etapas de un proceso, por eso se llama “The making of the English working class”, un proceso que en algunos decenios, vamos a decir entre los años 60-70 del siglo XVIII y los años 30 llegó a la constitución y a la afirmación de una nueva entidad social cuya presencia se hizo obvia y que llamamos, hoy en día, la clase obrera. Thompson, da una definición de esta clase diciendo que es “un fenómeno histórico unificador de eventos, dispares y sin lazo en la objetividad de la experiencia y tampoco en la conciencia de los actores”. Thompson, obviamente, no era un microhistoriador, distaba mucho de ello. Él emprendía el estudio de un

fenómeno masivo en toda su amplitud y en todo su grosor porque sobre este punto también planteaba preguntas que nos interesan directamente, porque lo que él llamaba eventos dispares le permitía captar lo que había ocurrido en las relaciones humanas ubicándose a otro nivel. El fenómeno global en la constitución de la clase obrera era el punto de llegada de una multiplicidad de transformaciones mucho más limitadas y mucho más locales. La tesis central de este libro es que existieron en Inglaterra diferentes maneras, contradictorias a veces, de participar en la formación de la clase obrera y de entrar en la clase obrera. También hubo diferentes momentos en este proceso que resulta importante de seguir sin presuponer el carácter ineluctable del punto de llegada. Ya se trate de formas de agregación social o de dinámicas de segregación social, las transformaciones se inscribieron sobre planes diferentes que el historiador debe imponerse y respetar. No se trata de decir lo que Thompson no ha dicho. No, yo no quiero eso, incluso creo que él no habría estado muy de acuerdo con lo de la discontinuidad que yo estoy aquí apuntando. Pero, en su procedimiento analítico me parece que toma en cuenta el desfase y a veces la heterogeneidad entre diferentes mundos y diversas modalidades de experiencia social que era esencial a su demostración. El macro procedimiento del cual él rendía cuenta de la formación de la Clase obrera, se entiende solamente a condición de poder captarlo a escalas diferentes y a escalas a las cuales corres-

3 Eduard Palmer Thompson, *The Making of the English Working Class* (London: Penguin Books, 1968).

ponden lógicas sociales que también son diferentes.

Me parece que podemos, de una manera legítima, ubicar en esta vía abierta por Thompson, una cierta cantidad de trabajos –más recientes– que se reivindicaron también de la microhistoria. Un historiador italiano, Maurizio Gribaudi<sup>4</sup> estudió las formas de integración de los inmigrantes que venían del mundo rural en la ciudad industrial. Se trata de la ciudad de Torino y de la industria de automóviles Fiat en las primeras décadas del siglo XX. Intentó seguir las trayectorias individuales, su proyecto era hacer una encuesta –yo lo cito–, sobre los diferentes materiales a partir de los cuales se habían construido diferentes experiencias y fisonomías obreras y de poder también captar las dinámicas que habían permitido estas agregaciones y estas desagregaciones. Hay un ejemplo un poco más radical que me va permitir, quizás, ilustrar de manera más eficiente lo que les estoy contando. Entre la mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX Francia conoció, con un atraso relativo, una transferencia de población bastante grande desde el mundo rural hasta las ciudades y particularmente hacia París. En ese tema del éxodo rural también estaban aferradas algunas consideraciones ideológicas que tienen que ver también con el término de éxodo, la idea de una amenaza en cuanto a desertificación del campo, temor de una invasión a las ciudades o también el miedo de una con-

taminación de las especies sociales y de todo ese miedo de una ruptura de equilibrio entre lo que llamábamos el tiempo de París y el desierto francés. Es un fenómeno bastante conocido en Francia y en los estudios franceses. La amplitud de esta transferencia de población, se puede entender en detalles con los censos, por ejemplo, de la población de esa época. Pero aquel fenómeno de éxodo rural fue siempre entendido como un fenómeno inevitable, que tenía que ver con los desequilibrios del empleo, con la diferencia de los salarios, con la atracción del modo de vida individualista urbano, pero también por la vía férrea y la dinámica que tenía que ver con los grandes ciclos económicos, etc. En términos de análisis macro, no se puede decir nada sobre eso, solo decir que fue construida también a partir de resultados globales de una transferencia socio-demográfica, lo que significa partir de su punto de llegada. Una vez que el proceso ya ocurrió, por eso el carácter de necesidad o de ineluctabilidad que enseña el trabajo de uno de mis estudiantes, Paul André Rosental<sup>5</sup>, quien escogió elegir el camino al revés y me destruyó esta transferencia de población, no a partir de su punto de llegada pero a partir del punto de partida. Siguiendo, como lo habría hecho, trayectorias nominativas, lo que significa individuos para intentar entender lo que había sido la experiencia personal de los actores y entender las razones de su movilidad, pero también las representaciones del espacio social, las formas de

4 Maurizio Gribaudi, *Itinéraires ouvrier. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XXe siècle* (Paris: Ed. de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1987).

5 Paul André Rosental, *Les sentiers invisibles. Espace, familles et migrations dans la France du XIX e siècle* (Paris: éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1999).

solidaridad familiar, de edad, profesionales que estaban al origen de desplazamientos de esta gente que a menudo se hacía de cercano a cercano. Rossental, fue capaz de reconstituir lo que él llamaba “los senderos invisibles de la migración”, invisibles porque fueron escondidos por los datos masivos que sirvieron para describir e interpretar este éxodo rural y que no son ni lineales ni necesariamente continuos.

Más allá de las intenciones de los actores individuales, que casi nunca son explícitas, Rossental fue capaz de poner en relieve comportamientos diferentes de configuraciones interpersonales locales que favorecen, más o menos, la movilidad geográfica y profesional. En el seno de los linajes hay familias que son “auto-centradas” y que se oponen a las que son “exo-centradas”. Rossental nos dice que se considera, en general, que los migrantes reaccionan inmediata y mecánicamente a estimulaciones que son externas e inscritas en el contexto macroscópico. La idea de él, de ubicar su investigación a una escala microanalítica, no solo hace aparecer otros hechos, también permite entender lógicas sociales de naturaleza diferente y que son legibles e interpretables solo a ese nivel, e incluso que transforman considerablemente lo que podemos saber y entender de este fenómeno global.

Los rurales, nos dice Rossental, no respondieron de manera súbita a estimulaciones macroeconómicas que hacían insoportable su permanencia en el campo. No, porque estas transformaciones tienen que ver con dinámicas internas a las familias, en función de características

propias a cada linaje, propias de familias móviles o sedentarias. Este fenómeno incluso es acumulativo en estos efectos agregados y aparece como un procedimiento que obedece a lógicas discontinuas que no son, según el nivel analítico, posible agregarlas artificialmente.

Me parece que podemos generalizar a una gama de realidad socio-histórica este fenómeno, porque a menudo tendemos a leer los temas que nos sugiere esa historia. Les voy a dar un segundo ejemplo que he desarrollado, voy darles solamente lo esencial de este ejemplo es; la construcción del Estado Moderno en Europa, a partir de la mitad de la Edad Media, fue un modelo que a partir de Europa, y según modalidades diversas, fue ampliamente conocido en el mundo. Sabemos que existieron también construcciones que no son europeas. Este fenómeno, el Estado Moderno, fue acompañado de un conjunto de comentarios teológicos, filosóficos, políticos, históricos, que estaban esencialmente destinados a formular a la vez la legitimidad y el carácter ineluctable. Incluso cuando este comentario quería ser crítico como por ejemplo el que produjeron las ciencias sociales o la filosofía política en la época contemporánea, podemos decir que ese comentario sigue siendo fascinado por su objeto, por la afirmación global del Estado y las formas de poder que tienen que ver con el Estado. Y eso se puede averiguar particularmente en un país como el mío –Francia– donde la afirmación del Estado es muy antigua y donde también desempeñó un papel central en la construcción nacional, así como la imagen identitaria que Francia produjo de ella misma y que representa a sí mis-

ma también. Pero, este fenómeno no se limita a Francia, más generalmente podríamos decir que grandes elaboraciones teóricas, la de Marx, la de Max Weber, la de Norber Elias, la de Katrovic, solamente para citar algunas de las más notables, propusieron finalmente de leer en la historia del Estado la realización de una suerte de programa que estuviese inscrito en el corazón del mundo social. Estas elaboraciones teóricas tienen algo común, aceptan como una evidencia la existencia de un macro fenómeno cuya eficiencia es lógica. En el fondo lo que atribuíamos antiguamente a la providencia divina o a la majestad del soberano o a la virtud de grandes personajes ahora se ubica, en la lógica de los grandes anónimos y que son irreductibles porque son justamente anónimos. Obviamente, sería absurdo desconocer la importancia decisiva de esta realidad del Estado Moderno, pero el enfoque con la observación a diferentes escalas puede sugerir una comprensión muy diferente.

Desde su centro, el Estado Moderno es como una amplia arquitectura centralizada cuyas formas no cesan de multiplicarse, ramificarse hasta penetrar a lo más profundo de la sociedad que enmarca y que quiere tomar a cargo. Esta es por lo menos la imagen que quiere dar el Estado de sí mismo, es la imagen de *Leviatán* de Hobbes, este gran cuerpo que contiene todos los otros cuerpos. Pero los historiadores saben perfectamente que la realidad es un poco más compleja, también tiene menos armonía.

En el Estado Moderno las instituciones están imbricadas entre sí y además están en competencia y oposi-

ción algunas instituciones incluso son conservadas y otras están recién apareciendo. Es un hecho común en las sociedades del antiguo régimen, pero es un hecho que también se observa en las sociedades más modernas.

Resulta que, a menudo, los historiadores toman en cuenta el conjunto de las manifestaciones del Estado como si se tratase de un procedimiento único, continuo y homogéneo del cual se podría tomar algunas medidas globales a través, por ejemplo, de la cantidad de agentes del Estado, de oficiales lo que hoy llamamos funcionarios o a través de los impuestos o, también a través del arsenal de normas legales que elabora el Estado o también, aunque resulta un poco más difícil, a través de la eficiencia que se le presta a este Estado. Pero, expuestas aquellas operaciones que fueron practicadas empíricamente por los historiadores, se sigue planteando como normal, natural que existiese una lógica que unificaría el conjunto de las manifestaciones del Estado y que garantiza en el fondo la mejora tendencial de este Estado en el tiempo. Eso desde el punto de vista central. Pero, si renunciamos a este punto de vista central, que precisamente es aquel a partir del cual se elaboró el proyecto británico, si modificamos la escala de observación, las realidades que aparecen son bastante diferentes.

Si uno observa el Estado en sus ramificaciones, las más finas, deja cierta mecánica unificadora y nos damos cuenta de que el Estado debe prestarse a negociaciones con el mundo social para poder ser reconocido, como muestra por ejemplo para Europa Giovanni Levi y de

muchos otros, o algunas investigaciones recientes sobre los mundos colonizados por Europa y en los cuales Europa trató de imponer sus visiones del mundo social para afirmar, por ejemplo, la existencia de principios y de reglas de derecho, hubo que componer con un grupo y formas de gestión tradicional –por ejemplo– en cuanto a lo judicial. Con obligaciones nuevas los actores sociales desarrollaron tácticas para desviar o evitar –bueno que son bastante familiares a otros sistemas de obligación, los sociólogos del trabajo y de la industria hoy en día lo saben bien– no significa que el Estado no existe a esos niveles periféricos, sería absurdo pensar esto, pero que en el fondo no existe en ellos bajo las formas en las cuales él se reconoce, existe en el fondo simplemente con la condición de transformarse en otra cosa. Bueno, quizás sería muy simple reducir esta cuestión a una oposición esquemática entre el centro y la periferia porque entre estos dos polos se interponen también una serie de niveles intermedios. Los Estados del antiguo régimen en Europa en sus extensiones a través del mundo eran capaces de asegurar sus funciones esenciales solamente entregando, –en parte, compartiendo– sus funciones, con el linaje aristocrático para funciones de mando, administración o justicia, compartiéndola también con premios financieros para poder ocuparse de los impuestos. Incluso, si no siempre resiste a la privatización de una parte de sus funciones, los Estados contemporáneos están siendo hoy en día mucho más atentos al ejercicio de sus responsabilidades, pero cada uno puede ver que en la elaboración de las decisiones como en su

puesta en obra y en sus tareas de gestión cotidianas, asocian diferentes instancias que se ubican a niveles diferentes de conocimiento y de competencia y que constituyen también protagonistas obligados dentro de las negociaciones. En el caso francés se habla muy fácilmente –y quizás demasiado fácilmente– de la tradición Jacobina de la administración que como se dice desde Toqueville hace el enlace entre el Antiguo Régimen y los regímenes que vienen de la Revolución y sería uno de los caracteres originales de la experiencia francesa. Quizás tenemos razón en hacer esto porque si uno compara la experiencia francesa en el largo plazo, con Gran Bretaña, Estados Unidos o el mundo alemán. Pero, se nos olvida también que la construcción Jacobina post revolucionaria fue, en Francia, objeto de una negociación sumamente larga entre el gobierno central y la administración territorial que hacía valer lo que eran los defectos, los puntos de interés locales, bueno no se trata aquí de negar la importancia masiva de un fenómeno socio histórico en la formación del Estado pero de aprender finalmente a observarlo y a entenderlo de manera diferente donde en el fondo estamos demasiado acostumbrados a considerarlo como un proceso incomparable, incluso como un cumplido histórico lo que hacía particularmente la historiografía y la política alemana del siglo XIX, la historia política alemana del siglo XIX, o también los regímenes totalitarios del siglo XX, a mí me parece que podemos intentar captar cómo la fórmula estatista fue acreditada finalmente o también parcialmente reformulada por este juego

de las prácticas sociales que tenía como ambición enmarcar.

Voy a darles un tercer y último ejemplo de naturaleza y de metas muy diferente.

De una manera repetida, la biografía histórica se encontró en el centro del debate historiográfico desde hace más de veinte años. Como ustedes lo saben, la biografía histórica es un género tradicional que los historiadores profesionales practican de vez en cuando pero que consideran con algo de suspicacia y algo de condescendencia también como si la legitimidad no fuese tan cierta. Se trata de un género cuya vitalidad y éxito descansa también en una variedad de públicos de esferas y de consumo cultural, que van mucho más allá del círculo de los historiadores profesionales, y que ciertamente contribuyen a la proyección de la biografía de estos personajes. La biografía en el fondo hace borrosas las fronteras que acostumbramos a observar y además lo hace porque puede ser declinada bajo formas bastante diversas, la producción es masivamente tradicional pero resulta que este género historiográfico particular permitió plantear preguntas importantes, que me parece van mucho más allá del género biográfico en sí.

La crítica de la ilusión biográfica que formuló el sociólogo Pierre Bourdieu<sup>6</sup> hace un poco más de veinte años puede ser también extendida a toda una

gama de realidades sociales de la cual los historiadores por costumbre o incluso por flojera toman como una existencia obvia. Eso nos da también la oportunidad de interrogarnos sobre las categorías analíticas, las modalidades y las técnicas que nos sirven para construir y para acreditar lo que es una vida en un texto, lo que es una biografía.

Tenemos una tendencia compartida para pensar que una vida, empezando por nuestra propia vida, es un conjunto coherente y continuo. En que privilegiamos a menudo el análisis que hacemos, cada uno de nosotros, la coherencia y la continuidad.

Un historiador puede también hacerse preguntas simples, que son también preguntas pesadas, cómo finalmente poner los límites de una biografía, cómo decidir lo que es pertinente de lo que no lo es en una biografía.

Quisiera detenerme en una experiencia. Hace más de un siglo un historiador, especialista de la historia de la Edad Media, Arsenio Frugoni, estudió un caso particular que es el de un reformador italiano de la primera mitad del siglo XII, personaje de segundo rango; Arnaldo Da Brescia<sup>7</sup>. Este personaje – Arnaldo Da Brescia – es conocido porque hay una cantidad limitada en realidad de fuentes que son de origen y de naturaleza muy diferente y, peor aún, estas fuentes se contradicen entre sí. Los historiadores disponen de un con-

<sup>6</sup> Pierre Bourdieu, "L'illusion biographique", *Actas de la recherche en sciences sociales*, 62-63 (1986): 69-72.

<sup>7</sup> Arsenio Frugoni, *Arnaud de Brescia* (París: Ed. Les Belles Lettres, 1993).

junto de documentos muy heterogéneo que van desde crónicas locales, la de su ciudad natal Brescia al norte de Italia, a cartas de grandes personajes del siglo XII, San Bernardo, un humanista como John de Salisbury o un poeta lombardo anónimo. En estas fuentes no solo las opiniones que tienen que ver con la persona y con la acción de Da Brescia son diferentes, pero además, fundamentalmente, lo que nos dicen factualmente también es contradictorio. Un buen historiador tradicional podría haber hecho lo que hace un periodista hoy día, juntar estos testimonios y presentar solo la información averiguable a favor de este trabajo. Pero, eso no fue lo que hizo este historiador de la Edad Media, él no quiso estar en ese método de la combinación, ese método que en el fondo tiene como tarea integrar el máximo de información y conservar solo los datos susceptibles de inscribirse en un retrato verosímil. Pero, verosímil para quién. Como si se tratara de una pieza de un mosaico, la providencia siempre es vigilante con los historiadores y les ofrece finalmente elementos para construir bibliografía satisfactoria. Y para resistir justamente esta tendencia eligió, optó por consagrar los diez capítulos de su libro a cada fuente. El resultado es un retrato bastante contradictorio. Da Brescia nos dice diversión que no nos impide entender que esta es la manifestación de un relativismo escéptico del tipo: cada uno con su verdad, no se trata de eso. Lo que él buscaba era la verdad parcial que nos entrega cada fuente en el contexto específico político, religioso, cultural, relacional, donde la fuente se produjo y en el cual también encuentra su sig-

nificación. Obviamente, la restitución propuesta es, ciertamente menos completa, que la que habían entregado los antiguos biógrafos de Da Brescia. Ciertamente, es menos armónica porque se impone respetar a las fuentes incluso en sus desacuerdos y de rendir cuenta también de esos desacuerdos pero también toma el partido de la discontinuidad y nos entrega el personaje de Arnaldo con una lectura más completa porque a partir de estos fragmentos de información voluntariamente tratados como fragmentos hace posible reconstruir diferentes planos de la experiencia biográfica de Da Brescia o si prefieren los diferentes mundos en los cuales él estuvo presente en su vida. Sin prejuicios y sin olvidar la integración de estos diferentes mundos y en el fondo sin negar que es una reconstrucción *ex post*.

Podría multiplicar los ejemplos que habitualmente se piensan como fenómenos globales y que, según mi opinión, tendrían que ser analizados a escalas diferentes para poder ser entendidos en su complejidad. Observo que la oposición –yo soy parte de esa oposición– entre macro y micro aparece insuficiente porque es deseable poder multiplicar los niveles intermedios que en el caso del Estado, particularmente, permiten captar la gran complejidad del fenómeno que estudiamos. Toda realidad histórica mayor toma forma y sentido, es el caso del Estado, en una pluralidad de mundos sociales. Desde una variación de las escalas de observación se puede esperar un beneficio analítico en el acercamiento hacia los fenómenos, una puesta en valor de la discontinuidad entre los diferentes niveles, también podemos esperar

un enriquecimiento de las hipótesis y de las interpretaciones que somos capaces de formular.

Bueno, a todas estas razones quiero —esta es mi conclusión— agregar también otra razón. Es que nosotros los historiadores llegamos después de los eventos, al fin de los procesos. Tenemos tendencia en —general— a querer racionalizar lo existente, lo que es también una manera de legitimarlo; las cosas ocurrieron como ocurrieron, punto. Este es un problema famoso, llamado “retrovisión”, para retomar la fórmula de Hannah Arendt, o sea, una enfermedad de la visión que está ligada a la posición misma de los historiadores, con respecto a sus objetos, vienen después de que las cosas ocurren y no se trata para nada de reponer en cuestión lo que ha ocurrido. Y, desde esta postura cognitiva también, a menudo, asumen conclusiones sobre el carácter necesario o ineluctable de los procedimientos sociales, trátase de la construcción del Estado Moderno, la industrialización, la urbanización, etc. O, como es obvio hoy en día, de la globalización, de la mundialización que está ocurriendo bajo nuestras miradas. En todos aquellos casos, y en otros también, la captación de fenómenos a través de los datos agregados obviamente contribuye aun más a reforzar la apariencia de

coherencia y la apariencia de necesidad. Otra vez no se trata de poner en cuestión la realidad de estos procedimientos, por ejemplo quienes trabajan en la unificación de las sociedades humanas a través del mundo. Lo que me interesa, y me parece importante, es poder mostrar que estos procedimientos —estos procesos globales— tienen como base desfases entre diferentes niveles en los cuales podemos captar los efectos y también las respuestas que necesitan.

Quien hoy en día ve solo la globalización, que nos fascina, sobre la cual tenemos los ojos puestos, sobre la cual el comentario es dominante, esta fascinación que provoca —en feedback— en retorno, formas inéditas de diferenciación que son aun más importantes y de ese punto de vista quizás es significativo que en un momento en el cual se considera también como algo adquirido la unificación tendencial de las sociedades humanas, una cierta cantidad de historiadores, pero también sociólogos o antropólogos finalmente están siendo mucho más atentos al fenómeno inverso, o sea, al fenómeno de discontinuidad y, ciertamente es el caso mío, encontramos ahí un instrumento crítico frente a las evidencias simplificadas de la realidad del mundo histórico. Muchas gracias.